

Eugène Ionesco

El hombre de las maletas

El Hombre de las Maletas (L'homme aux valises) la pieza de teatro más reciente de Ionesco, trata de un viajero en busca de su identidad en un país que ha sido su país, donde reinan la represión y la mala fe de las autoridades, el malentendido y la indiferencia de los ciudadanos, sombras infelices ignorantes y ajenas a su infelicidad que deambulan en una atmósfera onírica gravada por el peso de la despiadada evidencia de la soledad, del temor y de la desesperanza, en un mundo donde imperan las ideas-molde, las frases hechas, las palabras sin sentido ni significado profundos y reales.

El hombre de las maletas (Primer Hombre), deambula como extranjero por una ciudad cualquiera sin tener el recurso de retornar a los lugares de su infancia, víctima de un precoz envejecimiento físico y mental. En las primeras escenas de la obra se le ve tratando de recuperar pasado e identidad en el reencuentro con su ascendencia hasta sus tatarabuelos, y fallándole dolorosamente la memoria. Siempre va perdiendo sus dos maletas —él asegura que son tres—,

no tiene pasaporte y habla todo el tiempo de un manuscrito cuyo contenido tampoco recuerda. Después de esperar en vano un tren que nunca pasa, de desembarcar con otros pasajeros en un puerto cualquiera, de ser interrogado y amagado por la policía, de intentar comunicarse con su supuesta embajada, de conseguir un documento inútil que el cónsul le da asegurando que todas maneras nadie, salvo los funcionarios, conoce su propia identidad, de ser encerrado en un hospital de ancianos deshauciados cuando en realidad cree haber llegado al hotel, de enfrentarse con un sherif que lo cita a juicio por haber comprado dos kilos de papa y remolacha que no se comió, de intentar beber en un bar donde le niegan el trago por no tener certificado de salud mental, de desencontrarse con una mujer con quien estaba citado y a la que no reconoce, el hombre de las maletas se halla al final en el medio del escenario rodeado por los demás personajes que van y vienen empujando un carrito con dos maletas idénticas a las suyas.





Eugène Ionesco

ESCENA XIII

Personajes: *El hombre de las maletas (Primer Hombre), un cónsul, su secretaria.*

Decorado: *Un escritorio, una silla.*

El Cónsul está sentado en su silla ante su escritorio. La secretaria, en traje de enfermera, está parada cerca del cónsul. Se escuchan en la lejanía explosiones, ráfagas de ametralladora; de vez en cuando se ven destellos de incendio.

PRIMER HOMBRE: Por fin, Señor Cónsul, no puede Ud. imaginarse hasta qué punto estoy feliz de haber encontrado mi consulado. Y por suerte en horas de oficina. No hubiera podido pasar la noche fuera a causa de los asesinos. ¡Qué peligros he corrido! Una pesadilla, una verdadera pesadilla. No, no le voy a contar mis aventuras. Tuve que correr. Tuve que defenderme. Me acordé que el consulado se encontraba en el número 12, pero no conocía la calle. Hay muchas calles. La Providencia me ayudó. La Providencia. Me salvé por un pelo. No he recibido noticias de mi casa tampoco, ¿tienen cartas para mí? En fin, eso tiene menos importancia. Dénme mi pasaporte o hágame uno nuevo. Y visas. Repatríeme.

EL CONSUL: tiene un brazalete de la Cruz roja en el brazo: tuvo suerte de encontrarme aquí. Estamos a punto de romper relaciones diplomáticas con este país, y, de todas maneras, no son mis horas habituales de trabajo. Todavía estaremos aquí unos días.

PRIMER HOMBRE: Estoy muerto de cansancio.

EL CONSUL: No se siente sobre sus maletas, podrían explotar.

PRIMER HOMBRE: En este país, la guerra contra nosotros se prepara y todo está vigilado. Hay micrófonos instalados por todas partes. No importa, a lo mejor todavía no están escuchando, y tenemos, hasta esta noche, la inmunidad diplomática (*a la Secretaria*). Tráigale una silla.

La Enfermera le da una silla al Primer Hombre quien se sienta.

PRIMER HOMBRE: Qué agradable es. Si pudiera uno quedarse sentado toda la vida, hasta el fin de los tiempos, hasta la eternidad, no pediría uno más.

LA ENFERMERA: Las sillas no son eternas.

EL CONSUL: Aún no se ha inventado la silla eterna, como tampoco se ha inventado el *perpetuum mobile*. En cuanto a sus papeles, hay que apurarse. ¿Tiene Ud. dos fotografías?

PRIMER HOMBRE: No.

LA ENFERMERA: Ya sólo le dan fotografías falsas.

PRIMER HOMBRE: Pero, si Ud. quiere, míreme bien y trate de imprimir mis rasgos en su memoria.

EL CONSUL: Vamos a tratar. Es difícil.

LA ENFERMERA: Con anteojos.

Le da unos anteojos al Cónsul, se pone otros ella misma, y ambos se aproximan al primer hombre mirándolo atentamente por todos lados. Luego regresan a sus lugares.

EL CONSUL: *a la Enfermera*: ¿Qué piensa Ud.?

LA ENFERMERA: Creo que puede funcionar. A condición de que no cambie de ropas.

EL CONSUL: Y de que no cambie de sombrero.

PRIMER HOMBRE: No siempre lo llevo.

LA ENFERMERA: Incluso si no lo lleva.

EL CONSUL: ¿Nombre del padre?

PRIMER HOMBRE: ¿Nombre de mi padre? ¿Nombre de mi padre? Se llamaba, creo, no estoy muy seguro, se llamaba... se llamaba. No, de veras, ya no me acuerdo.

EL CONSUL: Qué fastidio.

PRIMER HOMBRE: Tenía los papeles, con los nombres, en la otra maleta.

LA ENFERMERA: al cónsul: Ponga una interrogación en el lugar indicado, eso lo arreglará todo.

EL CONSUL: Inútil creo, preguntarle el nombre de su madre.

PRIMER HOMBRE: Mi padre a veces la llamaba Ursula, o Elisa, o Marieta o a veces Blanca.

LA ENFERMERA, al cónsul: Póngale Juana, es más creíble.

EL CONSUL, al Primer Hombre: Para ayudarlo, ¿qué edad tiene?

PRIMER HOMBRE: Ay señor Cónsul, si pudiera Ud. decírmelo, me gustaría saberlo.

EL CONSUL: Pongamos "edad indeterminada". ¿Su profesión?

PRIMER HOMBRE: Soy un existente.

EL CONSUL: Los hay en cantidad.

PRIMER HOMBRE: No todos como yo.

EL CONSUL: Pongamos "existente especial".

PRIMER HOMBRE: No, especial no, especializado por favor. "Existente especializado."

LA ENFERMERA: No es la misma cosa.

EL CONSUL: ¡Para como estamos! Si eso puede ayudarlo, o mejor dicho, si puede ayudar.

PRIMER HOMBRE: Quisiera estar seguro. Escriba también que mido 1,70 m.

EL CONSUL: ¿Desde cuándo?

PRIMER HOMBRE: Cuando era niño medía mucho menos.

EL CONSUL: Eso lo complica todo. En fin, pondré estatura variable. Dada la falta de precisión de sus informaciones, sólo puedo proponerle un salvoconducto. Está también el hecho de que Ud. es de origen extranjero, no puedo infringir el reglamento de este país.

PRIMER HOMBRE: No me dejarán pasar con un salvoconducto, es totalmente insuficiente.

LA ENFERMERA: Para ayudarlo, podríamos firmarle un certificado médico, lo agregaría al salvoconducto. Los dos papeles se complementarían uno al otro. Para estar dentro de las reglas, debe por lo menos tomarse una aspirina.

PRIMER HOMBRE: Ya me lo suponía.
La enfermera le da al Primer Hombre una aspirina y un vaso de agua.

EL CONSUL: *a la Enfermera:* No demasiada agua. Ud. sabe bien que estamos racionados.

PRIMER HOMBRE, *se traga la aspirina con una gota de agua:* Gracias, trago con dificultad, pero ya está. (Al cónsul) Gracias Doctor.

EL CONSUL: Aquí está su certificado médico.

PRIMER HOMBRE: Gracias Señora, Gracias, Señor. ¿Verdad que con todo esto Uds. creen que yo voy a poder salir? Seguramente esto basta para la frontera. Me han salvado. Gracias, gracias otra vez.

EL CONSUL: Al reverso de su certificado médico tiene también el mapa de la ciudad.

PRIMER HOMBRE: Les debo la vida, les debo la libertad.

Toma sus maletas.

EL CONSUL: No olvide sus documentos.

PRIMER HOMBRE: El salvoconducto, el certificado médico, los pongo en mi bolsillo, el bolsillo del saco, Uds. lo vieron, Uds. son testigos. Podré entonces tomar el avión, cualquier medio de locomoción. Mis maletas me parecen ligeras ahora que ya soy libre. Trate de salir de aquí Ud. doctor. Trate de salir de aquí, hermana.

EL CONSUL: No se preocupe por nosotros. Estamos acostumbrados. Solamente tendrá que hacerse firmar esos papeles por altas autoridades municipales y médicas del país. No no, es una simple

formalidad, no se inquiete, una simple formalidad. No le tomará más de dos segundos.

PRIMER HOMBRE: Voy a buscar un cuarto de hotel, dejaré ahí mis maletas para no hacer mala impresión

Sale

LA ENFERMERA: ¡Qué pobre tipo!

EL CONSUL: Le he dado papeles sin valor. No quiso decirnos su verdadera identidad.

LA ENFERMERA: No conoce su identidad.

EL CONSUL: ¿Conocemos nosotros la nuestra? La conocemos, a grandes rasgos, gracias a nuestras funciones.

Se escuchan gritos provenientes de la calle. Entra, hacia la derecha del espectador, un policía.

EL POLICIA: En nombre de mi gobierno, les anuncio, señor, señora, que ya no tienen ninguna función. O sea, ninguna identidad, el gobierno no los conoce más.

EL CONSUL: Tanto mejor, de esa forma no podrán reprocharnos nada.

ESCENA XVIII

Personajes: *Primer Hombre y una mujer, un segundo hombre.*

PRIMER HOMBRE: ¿Es aquí? ¿He llegado?
El escenario está oscuro. El hombre lleva un remo en la mano.

SEGUNDO HOMBRE: ¿Qué hora tiene Ud.?

PRIMER HOMBRE: He cambiado tanto de reloj y de país con todos estos viajes, y de latitudes, que me es imposible saber en qué año estamos, en qué mes, y mucho menos saber la hora. Veo que está más bien oscuro. ¿Está amaneciendo o cayendo la noche?

SEGUNDO HOMBRE: Aquí están sus maletas que le traje de la embarcación.

PRIMER HOMBRE: Le felicito por haber llevado tan bien su barca. El viaje era largo y peligroso. El río estaba agitado, pero ¿por qué tan sucio, casi negro? Como el muelle de este embarcadero.

SEGUNDO HOMBRE: Es que lo lavan con las aguas sucias del río.

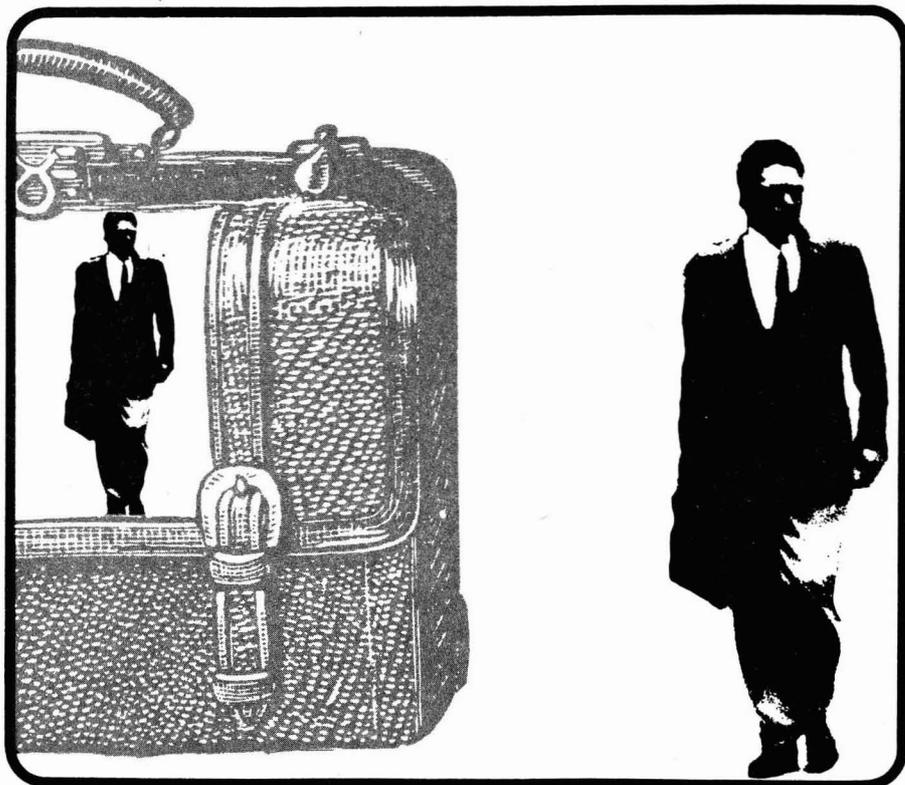
PRIMER HOMBRE: Gracias por haberme traído mis maletas. Desde que perdí la otra, perdí mi tercera dimensión. Algo me falta dentro. Estoy baldado. Eso no se ve, evidentemente, así, a simple vista.

SEGUNDO HOMBRE: ¿Se trata de una parábola?

PRIMER HOMBRE: Creo que no es exactamente aquí a donde debería llegar.

SEGUNDO HOMBRE: No se podía desembarcar en otro lado. No había puente.

PRIMER HOMBRE: De todas maneras me gustaría saber dónde hemos desembarcado, puesto que tampoco conozco el sitio del embarcamiento.



El hombre se va con su remo. Aparece por la derecha del espectador una mujer, ni joven ni vieja, desnuda de la parte superior del cuerpo. Lleva una falda bastante sucia. Lleva un collar de perlas.

LA MUJER: Ya no te esperaba. Por fin estás aquí. Estamos en el puerto de Kichinev.

PRIMER HOMBRE: No fue aquí donde nos separamos.

LA MUJER: Es aquí donde nos volvemos a encontrar.

PRIMER HOMBRE: ¿Vives aquí?

LA MUJER: Vine aquí después de tu partida, luego luego, con la esperanza de que pasaras. Te esperé.

PRIMER HOMBRE: Vengo de muy lejos. Atravesé ciudades sombrías. Intenté decir, tenía que decir la verdad.

LA MUJER: ¿Qué verdad tenías tú que decir y a quién?

PRIMER HOMBRE: Ya no lo sé. ¿Acaso lo supe? Ya no sé. Es por eso que sólo encontraba parábolas gastadas. Para hacer el viaje, tuve que ser canotero. Lavé los puentes sucios con aguas sucias. El agua que caía estaba negra. Kichinev tampoco es una ciudad con sol.

LA MUJER: ¿Por qué viniste a Kichinev?

PRIMER HOMBRE: Para encontrarte, a ti, después de una ausencia tan larga.

LA MUJER: Hace unos instantes no sabías dónde habías desembarcado, ni de dónde vienes. Yo sí

lo sabía, puesto que te esperaba. Tengo antenas, porque te espero en todos lados, te he esperado en todos los rincones del mundo. Soy yo quien te dijo que estábamos en Kichinev.

PRIMER HOMBRE: De todas maneras es un lugar ideal para las citas.

LA MUJER: Para las citas.

PRIMER HOMBRE: Para nuestra cita, la nuestra solamente. No encuentro una expresión precisa, precisamente porque he perdido las parábolas. Lavé los puentes sucios con aguas sucias. El agua que caía estaba negra. Barrí las calles con una vieja escoba de mango corto, ni siquiera con una aspiradora, mientras que muchos otros jugaban con computadoras. Arranqué con mis propias manos las hierbas malas mientras que los demás tenían segadoras que hacían solas el trabajo. Y en las carreteras.

LA MUJER, *irónica, escéptica*: ¿Y en las carreteras, qué más hiciste?

PRIMER HOMBRE: Amontonaba las piedras y los guijarros en los costales porque no tenía grúa. Hice hoyos en la tierra con mis uñas, porque no tenía cavadoras.

LA MUJER: Eso molestaba menos a los vecinos.

PRIMER HOMBRE: Me habían prohibido hacer ruido. Recolecté con una hoz porque no tenía segadora, a veces con una hoz pequeñísima, sembraba a mano, no tenía sembrador.

LA MUJER: ¿Por qué habrías de hacer todo eso?

PRIMER HOMBRE: Para poder regresar y encontrarte.

LA MUJER: ¡Mentiroso! Años pasé esperándote. El mejor tiempo de la vida. Mira.

PRIMER HOMBRE: Traigo dinero. Vamos a pasearnos por la ciudad. Traigo dinero, billetes de banco, podemos volver a instalarnos. No llores, te lo suplico. Ojalá pudiera consolarla.

Se retuerce las manos y la mujer solloza.

Te equivocas, no has envejecido. ¿Por qué tiene tu piel ese color sombrío? No está limpia. ¿Por qué andas desnuda en medio de las gentes?

La abraza fuertemente y llora también.

Te amo desesperadamente. Las aguas se tornarán claras, el cielo transparente, las gentes no se apartarán más a tu paso, te bendecirán y yo estaré contigo. Te amo. Nos convertiremos los dos en profesores. Seca tus lágrimas, no te tragues las perlas, te lo suplico.

LA MUJER: Es el crepúsculo.

PRIMER HOMBRE: Tenemos toda una carrera ante nosotros. Ya lo verás, mañana todo será nuevo. Ahora comprendo, te reconozco.

LA MUJER: De vez en cuando, raramente, te despiertas, en esta vida en la que casi todo el tiempo no has hecho más que dormir.

PRIMER HOMBRE: Me despierto en sueños. No me dormiré más en mi sueño.

